

El Amigo del Pobre

FRANQUEO
CONCERTADO

DECENARIO POPULAR CON CENSURA ECLESIASTICA

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

10 números cada diez días, 2 reales al mes	
30 " " " " " " " " " " " "	1 pta.
100 " " " " " " " " " " " "	5 " " " "
300 " " " " " " " " " " " "	25 " " " "
1000 " " " " " " " " " " " "	50 " " " "

«Este precepto os doy: Amaos los unos á los otros como Yo os he amado.»

(JESUCRISTO Á SUS DISCÍPULOS)

Tirada mensual de este periódico
21.000 EJEMPLARES

ADVERTENCIAS

Los encargos y suscripciones de la localidad en la librería de

D. Lino V. Sangenis, Corrida, 73

La correspondencia de provincias al señor Dtor. de EL AMIGO DEL POBRE —Gijón.

Un ruego

No, no vamos mal, gracias a Dios, en nuestra propaganda. La tirada de 7.000 ejemplares cada diez días se sostiene. Bajas apenas las hay. Los pagos se van regularizando. Las felicitaciones de palabra y por escrito abundan; pero ¿es que no vamos a salir de los 7.000 números decenales? ¿No progresaremos más en estos tiempos de progresos de todo género? ¿Quien más, quien menos se mueve, trabaja, discurre por aumentar sus negocios, sus empresas, por darles más amplitud, eficacia, seguridad de vida, prosperidad en una palabra.

Nosotros esto hacemos, y de vosotros, queridísimos suscriptores y lectores de EL AMIGO DEL POBRE, como socios que venís a ser en esta empresa de buena propaganda, no esperamos menos. Recomendad este periodiquito, dadlo a conocer, traednos nuevas suscripciones, sobre todo en talleres y fábricas, en Centros Obreros y demás Asociaciones laborantes del bien del Obrero.

Hace pocos días un señor de Madrid nos escribió diciéndonos que habiendo leído un trozo de nuestro periódico que encontró por casualidad, le gustaba y se suscribía por 10 números. (Tenemos la carta a disposición de quien desee verla).

Conque no echeis en olvido, por amor de Dios, este ruego.

Quedamos muy agradecidos al Reverendo P. R. Vilarriño ilustre escritor, maestro de periodistas católicos, por las frases de elogio que nos dicen dedicó a nuestra modesta Revista, cuando estuvo en esta villa a mediados del mes último.

Es estímulo valioso que nos llena de satisfacción.

Ir contra el caciquismo para luego erigirse en cacique, y despótico por añadidura, es expuesto al más ruidoso, si no al más sangriento, de los fracasos.

La sangre de San Jenaro

El día 19, del presente mes, festividad de San Jenaro, se repite todos los años en la catedral de Nápoles, el milagro de la sangre del santo, que, como es sabido, se venera como preciosa reliquia en aquel templo, en una botellita o ampolla de vidrio herméticamente cerrada. La sangre que ordinariamente está cuajada, al colocarse en dicho día en presencia de la cabeza del glorioso mártir, que se venera también en dicha iglesia, se ve repentinamente licuarse y quedarse tan fresca y natural como si acabara de ser derramada.

Este milagro, como el que se verifica en Madrid el 27 de Julio con la sangre de San Pantaleón, ha sido y continúa siendo la desesperación de los incrédulos, impotentes para dar explicación ninguna satisfactoria del prodigioso fenómeno. Varios han sido los intentos realizados por la impiedad para demostrar la falsedad de dicho milagro; pero el más célebre e interesante es el practicado en 1906 por los sectarios italianos, con ayuda de algunos sabios y químicos modernistas (1).

Podrecca, el degenerado director del *Asino*, con el ingeniero Giaccio y otros socios *ejusdem furfuris*, había pomposamente anunciado que daría en la Casa del Pueblo una conferencia científica en la cual demostraría prácticamente que el milagro de la licuación de la sangre de San Jenaro, Patrón de Nápoles, no era tal milagro y si sólo un engaño de los sacerdotes. Podrecca prometió que él haría el experimento con sangre coagulada, que se licuaría lo mismo que la de aquel santo de la catedral napolitana.

Preparadas las cosas convenientemente, ocupó la tribuna el ingeniero Giaccio, encargado de hacer el experimento de la licuación de la sangre. Presenta en un vaso de vidrio una botellita que dice contiene sangre animal, pero que en realidad es una mezcla de sangre y de grasa. Afirma que aquella sangre coagulada se funde al calor de las velas cercanas, como sucede—dice él—con la célebre sangre del Santo de Nápoles cuando se la expone a la veneración de los fieles.

Y para probarlo, coloca el vaso entre cuatro candelas encendidas, y continúa su discurso esperando con ansia mal reprimida la fusión de la sangre.

Pero la cosa va para largo. El orador no sabe ya de qué ocuparse, cuando a su compañero se le ocurre colocar el vaso encima de la llama para activar el fenómeno.

Y nada: la sangre no se licua. Una maldi-

(1) La documentación detallada y demás pormenores comprobantes del suceso pueden verse en la *Civiltà Católica* (2 de Marzo de 1907).

ta corriente de aire procedente de una ventana de lo alto, ha retardado la operación.

Se cierra la ventana y sigue el calentamiento. Pasa media hora, y nones: la sangre sigue igual. En tal trance, Podrecca, viendo que su socio nada tiene ya que decir, se mete a charlar a diestro y siniestro, mirando de reojo la negra botellita.

Podrecca suda tinta.

Pasaron cincuenta minutos de expectativa desesperante cuando Podrecca gritó estentóreamente que el milagro se había efectuado, la sangre se había liquidado y se había aumentado su volumen como en Nápoles; y sin que nadie de los circustantes pudiera cerciorarse del hecho, ni ver la licuación, ni el líquido contenido en la ampolla, ni verificar el peso de él ni la temperatura, los dos farsantes despidieron al público al grito de «¡Viva el *Asino!*» «Abajo los curas!» Eran las doce de la noche cuando terminó aquella burda parodia.

Pero faltaba todavía la segunda parte.

Mezclados entre la turba de proletariados y obreros, asistieron algunos jóvenes católicos, varios de ellos doctores, en ciencias, químicas y físicas. Al ver la burla cínica y grotesca hecha en nombre de la ciencia, no pudieron contenerse, y allí mismo elevaron enérgica protesta contra los charlatanes. Podrecca retó en el campo de la ciencia a los «químicos católicos», y éstos lo citaron para el día siguiente a formular las condiciones.

Fueron éstas las que presentaron los doctores en química Cingolani y Serafini:

1. Preparación de una ampolla en cualquier laboratorio químico o físico en presencia de las partes.

2. Clausura de la ampolla en una caja a tres llaves, dos para las partes, y la tercera para una persona imparcial nombrada de común acuerdo. La caja debería permanecer cerrada hasta Mayo.

3. En Mayo (época en que se renueva el milagro en Nápoles) durante ocho días deberían ver en la ampolla los mismos fenómenos extraordinarios que presenta la sangre de San Jenaro, a saber:

a) Variabilidad del punto de fusión en tre 19 y 30°.

b) Variabilidad del tiempo empleado en fundirse desde un minuto hasta varias horas, siempre dentro de los límites de temperatura arriba apuntados.

c) Variabilidad de volumen y peso de la sangre contenida en la ampolla.

Las condiciones, como se ve, eran muy lógicas.

Respondieron el ingeniero y el director del *Asino* que eran incapaces «para variar el peso de una substancia contra la férrea ley de Lavoisier que nada se crea ni nada se destruye».

Con tal respuesta se declararon impotentes para reproducir con verdad el milagro de San Jenaro, y de esa manera pusieron de manifiesto, en todo su cinismo, la impía far-

sa con que en la noche del 22 de Diciembre habían pretendido engañar a los crédulos obreros. Fué esta la primera derrota. La segunda hizo huir a uno de ellos, Podrecca, hasta Egipto, y fué así:

Como por reconocerse impotentes no aceptaron los supuestos taumaturgos las condiciones en que se efectúa el milagro de San Jenaro, otros dos químicos, los doctores Luzzi y Mancini, les propusieron, no ya que repitiesen el milagro, esto era inútil, sino que en su presencia y en la de tres más, escogidos de común acuerdo, repitiesen la experiencia hecha en la *Casa del Popolo* el 22 de Diciembre. Esto no era más que recoger textualmente la frase de Podrecca: «repetiremos la experiencia en cualquier gabinete delante de químicos creyentes».

Las condiciones que los doctores Luzzi y Mancini pusieron para repetir el experimento fueron las siguientes:

1. Pedimos que la ampolla dentro de la cual se ha de poner la *sangre coagulada de ternero* se prepare en presencia de las dos partes, es decir, las dos cojan sangre de ternero y aguarden a que se coagule; el ingeniero Giacccio podrá agregar las substancias que quiera, con tal que no prevalezcan en la mezcla.

2. Así preparada la substancia, pedimos que se divida en dos ampollas exactamente iguales: una, la que escojamos, se nos deberá entregar, para analizarla como lo creamos oportuno. La otra será puesta en una caja análoga a la que sirvió en la *Casa del Popolo*, y se guardará bajo tres llaves para las partes y los profesores que deben asistir.

3. Después de seis meses procederá Giacccio a la *licuefacción completa* del contenido en solo un minuto, como él se expresó en la *Casa del Popolo* y en los periódicos. Le dejamos libre la elección de la temperatura del ambiente, con tal que no exceda las ordinarias.

4. La temperatura de la ampolla al fin de la operación debe ser tal que, como en Nápoles, pueda besarse, permaneciendo aún disuelta la sangre, sin probar sensación del intenso calor en los labios.

5. Esta se ha de repetir dos veces.

Por último, Luzzi y Mancini avisaron que en poder del notario público Allarocca habían depositado mil francos, a disposición del vencedor.

¿Qué contestó a nuestro *valeroso sabio*, como lo llamé el *Asino*? Nada; sino que él emprendió camino para Pietrabbondante y su colega Podrecca se marchó hasta Egipto; ¿qué irían a buscar estos dos sabios?

Como los católicos les hiciesen saber por la Prensa que aguardaban un mes, término perentorio, y varias Asociaciones de obreros los aguijonasen a aceptar el desafío, el ingeniero, en su nombre y en el de su colega, contestó que él «no había nunca en modo alguno tratado sangre coagulada, sino desfibrinada».

Así, él mismo echó por tierra lo que públicamente había anunciado, que liquidaría *sangre de ternero coagulada*, y manifestó que la prueba presentada el 22 de Diciembre había sido una burda y asquerosa irrisión.

En esto paró toda la fanfarronada de los sabios milagreros. Y entretanto el milagro de San Jenaro en Nápoles, como el de San Pantaleón en Madrid, continúan repitiéndose todos los años con exacta puntualidad.

Voces que valen fortunas

Con motivo de la muerte de la famosa artista de ópera Mme. Nordica que ha dejado una fortuna de más de seis millones de pesetas, se ha hablado últimamente de las enormes ganancias de las cantantes famosas. De la célebre Adelina Patti no se sabe con exactitud lo que ganó en el curso de su fenomenal carrera, pero se calcula que su fortuna no bajó de 25.000.000 de pesetas.

La Patti ha llegado a cobrar hasta 60.000 pesetas y a veces más por un solo concierto.

En Viena los ingresos por una representación fueron 120.000 pesetas, de las cuales le correspondían a ella, 36.000 siempre que los ingresos no hubieran pasado de 72.000, pero como pasaron de dicha cifra, cobró la mitad de ingreso total, o sean 60.000 pesetas. En Chicago embolsó por 21 representaciones nada menos que pesetas 1.380.000.

Cristina Nilsson ganó en dos temporadas de representación en los Estados Unidos la cantidad de 1.620.000 pesetas.

Otro caso notable de remuneración extraordinaria a los talentos musicales, es el del pianista Otto Hegner, que cobró 24.000 pesetas por cada concierto de una serie de 75 que dió en los Estados Unidos.

A Mme. Melba se la considera como una de las cantantes más ricas del mundo. El «ruiseñor australiano», como suelen llamarla, ha llegado a cobrar hasta 20.000 pesetas por cantar una noche, durante una de sus «tournées» por América. En aquella temporada cantó veinte funciones, cobrando 80.000 duros, y tomó parte en veinte conciertos, cobrando otro tanto, de suerte que en tres meses ganó 160.000 duros.

La Tetrizzini llegó a cobrar 2.000 y 2.500 duros por función, y Mme. Sembrich, otra estrella de la antigua escuela de ópera grande, se retiró con una fortuna colosal.

La famosa cantante Miss Mary Garden gana 80 o 100.000 duros por temporada, y madame Schumann-Heink calcula sus ganancias de una temporada en 200.000 duros. Una cuarta parte de esta suma la obtiene impresionando discos de gramófono, y el resto cantando en conciertos.

La costumbre de pagar altos sueldos a las cantantes le implantó la Patti, al verse solicitada por los empresarios cuando hubo conquistado su reputación, y llegó a cobrar 5.000 duros por una función, lo cual representa una ganancia de 125 duros por minuto, pues en la mayoría de las óperas no tenía que usar la voz más que unos cuarenta minutos por término medio.

Escribian no hace mucho de New York que las dos empresas rivales, el Metropolitan y el Manhattan, a pesar de haber experimentado durante sus últimas temporadas grandes pérdidas, seguían por hacerse guerra haciendo contratos capaces de hacer quebrar a compañías de más recursos que las suyas.

El Metropolitan renovó la contrata del divo Caruso hasta 1914 a razón de 800.000 francos por año por 80 representaciones: ¡¡una friolera!!

Zanatello, que no cantó más que en once funciones, siendo así que se le había contratado para unas 50, demandó al generoso empresario de la compañía norteamericana 200.000 dollars de perjuicios. ¡Menuda broma!

ALBERTO.

¡DOCE MILLONES!

Este es el número aproximado de víctimas que la guerra ha producido hasta ahora.

¡Cinco millones de hombres muertos y siete millones de heridos!

Y de estos heridos serán muchos los infelices que mueran, tal vez algunos millones más.

Y de los restantes, la mayor parte, quedarán inútiles para toda su vida, sin brazos con que ganar el pan, sin pies con que acudir al trabajo, sin ojos...

¡Ah! De éstos serán innumerables. Los periódicos dan cuenta de los muchos soldados que en el campo de batalla quedan ciegos.

¡Sin ojos! Dios mío. Cuando salie-

ron de su casa, cuando al despedirse de los suyos se hacían los fuertes para no acongojarlos más, pensaron, sí, no volverles a ver, no venir más, pensaron en la muerte, en la separación definitiva... pero en esto, no.

¡Ciegos! ¡Sin ojos! Ya no ven los rostros arrugaditos de sus viejos, las caritas embelesadoras de sus hijos que están más guapos que cuando ellos se fueron...; ya no contemplan la mirada pura de los dulces ojos de su esposa...; ya no ven a sus amigos y camaradas sonrientes; ya no gozan el espectáculo de sus valles, de sus montañas por donde ellos han trepado, por donde ellos han corrido; nada de esto ven y lo tienen delante. No, este martirio tan grande no le presagiaban ellos.

Y otras personas, muchas hay que añadir a este número, que sin ir a la guerra sean víctimas de ella.

¡Cuántos ojos cegarán de llorar! ¡Cuántas madres y cuántas esposas tendrán en sus brazos a los que vuelven del combate sin poderlos ver! Les dieron por muertos y la pena secó su corazón y el llanto nubló sus ojos.

¡Cuántas habrán enloquecido de dolor! Su imaginación se los presentaba en medio de mayores fatigas, que las que realmente padecieran, con ser tantas, y esta preocupación incesante trastornó su razón y preguntan por ellos a todas horas, y cuando los tienen junto a sí, ¡aún siguen preguntando por ellos!...

Cuántas no habrán podido soportar el exceso de pena y habrán sucumbido.

Aún más que estos doce millones han sido las víctimas.

¡Doce millones de hogares para siempre desdichados, rotos, albergues de la desgracia!...

Y si continúa la guerra, estas cifras ya aterradoras, crecerán espantosamente.

No, Señor, que no se aumenten; apaga los odios de los hombres, desvanace sus ambiciones, desarma su brazo, ¡hágase la paz!

EL NIÑO ENFERMO

No divierten las conchas de la playa al pobre niño enfermo; sólo fija sus ojos melancólicos en el límite azul del mar sereno.

Como el cielo y el mar al confundirse parece que se tocan en lo inmenso, «quiero tocar el cielo, replicaba el pobre niño enfermo.

Llévame a aquellas nubes, madre mía,

llévame allí... más lejos....

¡Quiero tocar el cielo tan hermoso,

que cerquita le tengo!»

La madre suspiraba tristemente,

¡y temblaba de miedo

al pensar que pudiera realizarse

el inocente engaño del pequeño!

Dios escuchó, sin duda, al pobre niño,

y quiso complacerlo;

no tocó el cielo el niño aquella tarde,

¡pero al amanecer estaba muerto!

ANTONIO GRILLO.

Importante

para nuestros suscriptores
al corriente en el pago

Cerrada nuestra edición anterior, hemos recibido las siguientes notas que, por no estar aún verificado el sorteo, no hemos querido dejar sin derecho al beneficio de la casulla:

114 y 115.—D. M. P., de Serantes.
—Parroquia de S. Andrés de Serantes.

116 y 117.—D.^a A. A.—Serantes.
—Parroquia de S. Andrés de Serantes.

118 y 119.—Sr. C. P. de Campomanes.—Parroquia de Santa María de las Nieves.—Campomanes.

120 y 121.—D. J. I., de Granada.
—Parroquia de Santa María del Alcor.
—Viso del Alcor (Sevilla).

122.—D. G. M., Pbro.—Madrid.—Parroquia de...

Verificado el sorteo salió el
número 26

perteneciente a nuestro suscriptor el Sr. Cura Párroco de Campomanes (Oviedo), para la Parroquia de Santa María de las Nieves, de Campomanes. Le felicitamos.

Véase nuestro número del 10 de Mayo último.

ANTE LA CRUZ

(SUCEDIDO)

La escena que voy a referir es verídica, absolutamente verídica; y demuestra que el odio y el rencor no subsisten en las almas al final de la jornada, cuando, próximas a separarse de su envoltura mortal, van a presentarse ante el Juez Supremo.

En una misma camilla, condujeron al hospital de Peligro instalado en un edificio, medio derruido por la metralla y muy próximo a la línea de fuego, a dos heridos graves, quienes, después de hecha la primera cura, fueron depositados en un mismo colchón. Era el uno francés y el otro alemán; el primero levantaba los ojos hacia el cielo; el segundo rehusaba el contacto con su enemigo, y pronunciaba palabras cuyo acento daban a comprender al que con él compartía aquel mermado lecho, que no eran ciertamente de perdón.

—¿Habla usted francés?—preguntó el que peleaba bajo la bandera tricolor.

—Eso a usted no le importa—replicó malhumorado el súbdito del Emperador.

—Conteste por favor: ¿es usted católico?

—Sí, puesto que soy bávaro.

—Bendita sea la misericordia divina—exclamó el soldado francés, y prosiguió:—Soy sacerdote, hermano mío, y puedo abrirle las puertas del cielo si quiere confesarse. En la tierra, nuestro deber nos ha puesto frente a

frente, pero, ante la eternidad, el amor debe fundir los corazones exentos de odios y rencores, para que las almas puedan volar a su patria verdadera, donde reina nuestra bendita madre, la Virgen Santísima.

El bávaro volvió la cabeza; de su rostro, anegado en lágrimas, había desaparecido el gesto fiero; no podía moverse porque tenía las dos piernas rotas, pero tomó el Crucifijo que le presentaba el sacerdote y empezó su confesión.

El sufrimiento físico contraía los músculos de ambos; su palidez extrema anunciaba la proximidad de su fin; con voz apenas perceptible, pronunció el ministro del Señor las palabras del perdón, agregando:

—Y en tí perdono a toda Alemania. ¿Perdonas tú a Francia?

—Sí, para que Dios me perdone.

Y alzando sus brazos con los del sacerdote soldado, juntaron sus labios sobre el Crucifijo, y murieron como hermanos.

Si para morir en gracia de Dios es preciso amar y perdonar, ¡qué error tan funesto es creer que los cristianos pueden vivir escuchando la voz del odio, que aniquila y destruye!

¡Quién pudiera apagar la voz del cañón y disipar la densa humareda que precede al disparo, para que los gobiernos de las naciones beligerantes escuchasen las últimas palabras de estas dos víctimas de su deber, y contemplasen sus cadáveres unidos, por la cruz, en un abrazo.

La mujer del ex-concejal

—No sé si me conocerá usted, don Manuel, soy una pobre madre de familia, que me encuentro muy apurada, y a usted vengo, porque me han dicho que tiene usted muy buen corazón.

—Muchas gracias. Pero ¿qué le ocurre a usted?

—Pues como está todo tan malo, y me han contado que usted favorece a todos y que es muy desinteresado, vengo a buscar la influencia de usted; porque no puede una fiarse de nadie. Mire usted: días pasados fui a casa de D. Ramón, el abogado, a consultarle sobre el pleito que nos han puesto personas que nos quieren mal. Don Ramón escribió un papel que compré antes por una peseta. Por ese escrito, y no sé cuántas cosas que dijo, me llevó veintisiete duros menos dos pesetas y tres reales, y luego el papel no sirvió, porque estaba muy mal escrito, y ya lo decía mi marido que sabe de letra, y no pudo leer ni una línea, y se lo dimos al veterinario que tiene fama de leer papeles de abogados, y dijo que no lo entendía ni el que lo había escrito; mi marido, se salió con la suya: que el escrito no valía, lo cual que perdimos los cuar-

tos, y perderemos el pleito, y... luego...

—Pero bueno. ¿Viene usted a consultarme sobre el pleito?

—No, señor. Es otro lío que tenemos.

—¿Qué lío es ese?

—¿Usted ha oído hablar de la Chata, la mujer del tío Sacristán Viejo?

—Sí, señora.

—Pues esa soy yo.

—Muy señora mía. Pero tenga la bondad de explicarse.

—Pues es el caso que hemos quedado mal con el cura, y mi marido puede que haga una que sea sonada, porque, como usted habrá oído decir, tiene muy malas pulgas, que en una ocasión hizo correr a cinco o seis de esos de los Consumos, y siendo concejal, porque también ha sido de la clase de Ayuntamiento, le quitó al alcalde la vara y con ella le rompió los anteojos...

—Señora: diga a lo que viene a mi casa.

—Es que quiero explicarme bien, para que usted me dé la razón, porque la tengo de sobra. Mire usted: mi hija se va a casar con Fermín, el hijo de Matías el cartero. Hemos ido al cura, y éste dice que son parientes, y necesitan dispensa, y eso cuesta los cuartos. Yo le he dicho que no son parientes, porque nunca nos hemos tratado como tales parientes las familias, y él se empeña en que sí, como si lo supiera mejor que nosotros. Yo se lo conté a mi marido: éste fué a ver al cura, el cura le enseñó los libros de la parroquia; mi marido dijo que no entendía de eso; llamaron a D. Sergio, el notario; este vió los libros, y dijo que eran parientes los novios, y que necesitaban dispensa; mi marido se enfadó con los dos; fué a casa, me lo contó todo; dijo que él no daba un cuarto, y para evitar líos, lo mejor era casarlos por lo civil.

—Bien. Y qué lío es el que tratáis de evitar? Porque yo lo que veo es que os vais a meter en otro lío mayor. El caso vuestro es de lo más sencillo del mundo.

—Lo será para usted, D. Manuel, que no tiene que soltar los cuartos.

—Si tuviera que pagar, pagaría, y en paz. Pero voy viendo que este caso es cuestión de algunas pesetas, y...

—Que no es poco. D. Manuel, para los que no tenemos los cuartos de sobra.

—No os sobraré el dinero; pero tampoco, debe faltaros la honradez y la dignidad. Si esta os llega a faltar, y me parece que ya anda por los suelos, no sé qué os va a quedar.

—¿Qué dice usted? En mi casa somos tan honrados como puedan serlo en la del rey.

—Poco se conoce, cuando, por guardaros unas cuantas pesetas, vais a tirar en medio de la calle la honra de vuestra hija. Y cuando una madre, y un padre llegan a ese extremo, son...

no quiero decirlo.

—Es que yo no haría una cosa como esa, si no fuera por el cura.

—¿Pero qué tiene que ver aquí el cura?

—Porque quiere cobrarme derechos por la dispensa para que mi hija se case.

—Pues también te los cobrará el juez. ¿Piensas que éste lo hará de balde? Y sobre todo, ¿vosotros sois católicos?

—Tan católicos como el primero.

—Pues bien. Si sois católicos, debéis demostrarlo con las obras. La iglesia prohíbe el matrimonio entre parientes en determinados grados por muchísimas razones que ahora no son del caso. Para obtener la dispensa, son indispensables ciertas tramitaciones que cuestan dinero. A esto hay que añadir la tasa que la Iglesia impone, no como precio con el que se compra la dispensa, sino como una limosna, que tiene el carácter de penitencia con la que intenta estorbar los matrimonios entre consanguíneos, porque contra estos matrimonios reclaman la decencia, la moral y la higiene. Los que quieren contraer matrimonio en los grados prohibidos, es muy justo que paguen los gastos de la dispensa de la ley; de otro modo los abusos serían interminables. Pero lo más descabellado que hay en este caso es, que os duele soltar unas cuantas pesetas para que se os conceda una dispensa, y una gracia a que no tenéis ningún derecho, y en cambio no os duele soltar los cuartos para mil gastos inútiles.

Para la Iglesia que os hace el favor, nada; para el lujo y la vanidad, todo. Y luego decís que sois tan católicos como el primero, y tú, sobre todo, que amenazas casar a tu hija por lo civil, porque piden unas cuantas pesetas para obtener una dispensa, sin la cual tu hija no puede casarse. ¿Dónde está tu catolicismo? Lo que eres tú, es una mala madre, y tu marido un mal padre. Vais a prostituir a vuestra hija, y todo por no querer abonar unas cuantas pesetas que el juez no te perdonará, si llegas a cometer el crimen de casarla por lo civil, porque tu hija no será la mujer legítima del hijo del cartero, ni éste será el marido legítimo de ella porque entre cristianos esta legitimidad no se da sino conforme a las leyes de Cristo, y estas leyes mandan que los matrimonios se celebren ante la autoridad de la Iglesia.

—Pues entonces, D. Manuel, ¿para quién vale el matrimonio civil?

—Vale para los que no son católicos, o para los que reniegan de la fé católica antes de contraerle.

—De modo que si mi hija se casa por lo civil...

—Entonces tiene que renegar de la fe católica, y sobre la infamia de la apostasía, llevará la deshonra que acompaña a la mujer que vive amanecida. Y ya que vienes a pedirme parecer, te aconsejo que no permitas ese matrimonio por lo civil. Sé buena madre para tu hija, que vale más la honra de ésta, que esas cuantas pesetas que tienes que abonar por la

dispensa. De otro modo, tu hija será una desgraciada, y tú una madre infame.

EFE.

Frente a frente

Tomamos de «Excelsior» las siguientes cifras que publica acompañadas de figuras comparativas:

Habitantes del mundo entero:

1.700 millones.

En guerra: 904 396.000 hombres.

En paz: 795 604.000.

De los beligerantes son:

Aliados: 774.459 000.

De la Trílice: 129 937 000.

Estos, a su vez, se descomponen así:

Inglaterra: 420.420.000.

Rusia: 171.059.000.

Francia: 61.601.000.

Japón: 57.935 000.

Italia: 41 000 000.

Bélgica: 17.428.000.

Servia: 4.500.000.

Montenegro: 516.000.

CONTRA: Alemania: 66.500.000.

Austria: 47.437.000.

Turquia: 16.000.000.

Superficies en kilómetros cuadrados:

Aliados: 67.448.736.

De la Trílice: 5.606.973.

Colecciones de EL AMIGO DEL POBRE, todos los años publicados. A 2 ptas. las de los dos primeros años; a 3 ptas. los sucesivos.

Los nueve años juntos 20 ptas. El importe, al hacer el pedido.

Correspondencia administrativa

Sr. C. P. de Nembra.—Pagó 1915.

Sr. D. G. M.—Madrid.—Id. fin Noviembre 1915.

Sr. D. B. I.—Pamplona.—Id. fin Agosto 1915.

Sr. D. J. A.—P. de Mallorca.—Id. fin Julio 1915.

FABRICA DE ORNAMENTOS Y ARTICULOS DE IGLESIA

de JOSE SALA BRUNET

calle de la Canuda, núm. 9—BARCELONA

Casullas y ternos completos, de damasco y tapicería, desde lo más sencillo a lo más rico que se pida, tanto en tejidos como bordados.

Se bordan estandartes, banderas y túnicas para imágenes, en oro y sedas, a precios módicos y tan buenos como se deseen.

EL LIBRO MAS UTIL DE TODOS es el

RECETARIO DOMESTICO

del Ing. Gherzi y el Dr. Castoldi

En las 5.667 recetas que contiene se encuentra solución para todos los problemas de la casa.

Un volumen de 1.014 páginas, Ptas. 12.

GUSTAVO GILI, editor, Barcelona.

Imp. de Lino V. Sangenis.—Gijón

Acobal, Rato y Comp.^a

FUNDICION DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJON

Cocinas cerradas desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra, evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANONIMA FUNDADA EN 1857

Infantas, 31. MADRID

Agencia de Gijón: Calle de los Moros

Cuentas corrientes, Giros, Cobros, Comisiones, Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Banco extranjeros, Cartas de crédito, Descuentos, Préstamos, Cuentas corrientes con garantía de valores, Depósitos, etc.

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde UNA peseta en adelante al 3 por 100 de interés anual.

FUNERARIA DE Hijos de Feliciano Rodriguez

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40.—GIJÓN—Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

—: Prontitud, esmero y economía :—

IMAGENES Y ALTARES

Para adquirirlos recomendamos los laureados y acreditados talleres de

JOSE TENA

BAJADA PUENTE DEL MAR, 1

VALENCIA

No dejar de consultar esta casa.

PAÑOS Y NOVEDADES

LA SIRENA

Corrida, 86 y 93

GIJON